

Poemas

Luis García Montero

Los hijos

Por favor, no hagan ruido
en la tranquilidad de este poema
escrito con la mano
del que cierra la puerta al apagar la luz.
Mis tres hijos acaban de dormirse.
Necesito el silencio para pensar en ellos.

Colores indelebles en un lápiz
de trazado infantil,
vuelven a dibujar
—pero esta vez en serio—
un árbol, una casa, la memoria
de una luz encendida
con sabor a diciembre,
los cristales del miedo
y la ilusión del porvenir
bajo el sol de los días laborables.

Un hijo es el segundo país donde nacemos.
Con su falta de edad nos hace cumplir años
y nos devuelve
al mundo del reloj,
a las llamadas telefónicas,
que son una raíz
en la orilla del tiempo.
Un hijo nos enseña a preguntar
con voz de agua
la verdad decisiva de la tierra.
Ser como juncos y en amor flexibles,
no asegura respuestas
ni confirma el reposo.

Elisa, Irene, Mauro,
cada cual con su luz y con su lluvia,
distintos puertos en el mismo río.
Nadie comente, por favor,
que acabo de escribirles un poema.
Los hijos crecen con espinas.
Nunca sé imaginar
lo que pueden decir de lo que digo,
lo que pueden pensar de lo que pienso,
lo que pueden hacer con lo que hago.

Mejor no preguntarles
si resulta difícil
ser hijos de poeta.

Las ciudades

Las ciudades enseñan un modo de hablar solo.

Ocurre a cierta edad,
cuando el regreso pone en cada esquina
una melancolía con los ojos pintados
y el tiempo se confunde con un precio
que los años acuerdan
para subir al cuarto de un hotel.

No he querido juzgar.
No sé. La vida es cara
y resultan baratas las falsificaciones.

Si regresé a París
para entender la juventud de hoy,
no tardé en encontrar
olor a lluvia de mis veinte años
en un día sin nubes.
Y caminaba solo,
hablando para mí detrás de mí,
como el hombre maduro que sonrío
al mirar lo que pasa por la calle.
La juventud ajena no se entiende
desde la propia juventud.

Si alguna vez en Buenos Aires quise
hablar de Europa
y de literatura,
sentirme sabio y profesor
como en el mes de octubre del año 83,
no tardé en admitir
que me faltan doctores que citar con orgullo
y dejé la velada
igual que el ignorante fatigado
que habla solo camino de la puerta.
Fui pisando las dudas que se parten
en la madera de los escalones.

Si no he vuelto a La Habana,
si me quedé conmigo
en este malecón de los vientos cruzados
que oxidan la verdad
y corrompen los sueños,
fue porque nunca supe
discutir de política
sin mirar a los ojos.
Para seguir al lado de la gente,
mis palabras huyeron de los himnos,
escondidas y débiles en la murmuración
del hombre que habla solo.

Ocurre a cierta edad.
Las ciudades enseñan un modo de hablar solo.
Yo dejo en las palabras un barco de papel,
como cuando era niño
y miraba la historia detenida
temblar de luz y de agua verde
sobre los ríos de Granada.

El mar

Abre y cierra en las olas su equipaje.
Es la consigna del viajero azul.

El amor le ha enseñado a quedarse desnudo.
De los espejos nacen sus tormentas.

Ha convertido en ley
la paz del sol poniente y el rayo de la luna.

Le ha pedido a los bosques su silencio
para llenar de náufragos un murmullo de agua.

Pero da compañía.
Conoce la madera que flota en cada edad.
Los años necesitan descubrir una llave
que navegue en el nombre de los barcos.
Los niños buscan miedo y encuentran en la luz
la bandera inocente de los días piratas.

Después los cofres guardan soledad,
y más tarde las dunas,
las noches de verano flexibles como un cuerpo.

Hasta que caiga sobre el horizonte
el óxido sagrado de los atardeceres,
cuando un reloj de arena se confunda
entre las caracolas que miden nuestros pasos.

Las olas compasivas contarán hasta diez.
Le enseñará la muerte a besar en los ojos.

Dominio de la piel en rebeldía,
memoria de la espuma y de la oscuridad,
tesoro de los años,
el mar es un secreto que defienden
las palabras azules de la orilla ©



Murdiego

Murdiego. P. Pino